

## ATORMENTADAS

Tienes que salir al mundo. No te puedes seguir atormentándote noche y día por tu dolor. No puedes seguir encerrada con el alma encogida y temblar cada vez que escuchas pasos.

Tu dolor no es más grave que el de otras personas. Ayer, me contaba “la loca”, la de por encima de ti, que salió a la vida y encontró a un hombre que violaba a chiquillas.

¿Me escuchas, verdad?

Si.

¡Violaba a chiquillas! . Ellas gritaban y sollozaban, tanto como tú. Y entonces, el hombre al ver a “la loca” la quiso violar, pero ella se escapaba de sus brazos, y se reía y se reía, una y otra vez.

Tú me estás escuchando ¿verdad?

Si

El hombre acabó sacando un arma y pegó un tiro a “la loca”, dos tiros, tres tiros, cuatro tiros, cinco tiros. Estaban en la alameda, al lado del río, y los tiros se empotraban en el tronco de los álamos.

Tu ríete, me gusta que te rías.

El sexto tiro se lo pegó el hombre en la sien. Se lo llevaron los guardias a otra región, de dónde provenía. Tal vez algún día sus pasos le conduzcan aquí, en busca de “la loca” que le condujo a la muerte. Sin embargo, “la loca” que tanto miedo tenía a dar

vueltas por el mundo, dice que ya no teme ni siquiera a ese hombre que la puede buscar, que ya no tiene que temer a la muerte.

¿Por qué te has quedado tan callada?

Tengo miedo. Yo no soy tan valiente como “la loca”. Además soy más pequeña.

Tu lo que tienes que hacer es aprender de “la loca”. Cuando volvió me dijo que esa noche no gritaría, que se había vuelto cuerda, que el llanto de la mamá al abandonarlas el papá y los palos que a ella le dio por ser carga con la que tendría que brear sola, ya no le importaban. Tu eres poco más pequeña que “la loca” y puedes ser tan valiente como ella. “La Loca” descubrió cuando fue a la alameda que había peores males que los pasados por ella, y el tiro que se pegó aquel hombre en la sien la reconfortó. Estaba segura de haber conseguido con ello un gran bien al mundo.

Tu, ¿no quieres hacer bien en el mundo?

Si. Lo que temo es que el mundo me haga mal a mí.

Tu tienes que salir al mundo. El mundo no siempre hace mal, también regala bien. Las tormentas se pasan y sale el sol. Por ahí se acercan gentes a las que tienes que ver la cara. Y el fondo del alma. Tienes que aprender a distinguir los pasos, no son todos iguales a los de tu papá. Es más, te puedo decir que ninguno de ellos corresponde a tu papá.

Sólo escucho los pasos de papá. Hasta aquí encerrada parece que siento sus pasos y que me descubrirá y que después..... ¡NO!

Tu, ¿me escuchas?. Te trato de explicar que el daño ya no existe.

Lo que me sucedió una vez puede volver a ocurrirme.

Si sales, no tienes nada que temer. Escucha, no he tenido tiempo de contarte lo que el otro día me sucedió cuando me di el paseo del anochecer. Al entrar en el pueblo escuché las campanas con el toque de muerto. Acudí enseguida como se debe hacer entre vecinos. Era D. Juan de Mendoza. Reposaba con su traje negro cubierto de tantintas medallas como males realizó, todo quietecito, en un cajón de inmejorable madera. Me acordé de ti. “Aquí debería estar ahora mi niña, me dije, en este momento en que no se habla sino se juzga, se perdona o se condena.

Tienes que salir al mundo. ¿Ves?, D, Juan de Mendoza ya es igual a ti y a mi. No nos puede dañar.

Yo sigo teniendo miedo.

No hay nada de que tener miedo. La vida es un regalo que hay que devolver. A él también le llegó su hora.

D. Juan de Mendoza aún cargado de medallas y con pistola y trabuco en el ataúd, se sentía perdido. Más de lo que tú y yo nos sentimos en nuestro día. En la oscuridad andaba alocado, tropezaba y caía, caía y tropezaba. Tan sólo quedó parado cuando las heridas de la cara entraban en ebullición, las manos se desprendían de sus brazos y las piernas habían perdido los pies. Entonces lloró y suplicó mi mano, como si yo fuese Doña Inés y estuviese dispuesta a salvar a D. Juan Tenorio, más no hijita, yo no quise prestarle mi mano, que vague mortificado por sus pecados.

¿Tu me escuchas? . Sigues teniendo miedo cuando ya sabes que tu papá es igual a ti y a mi, tan vulnerable como tu y como yo.

Ahora más. Puede ser mi calvario eterno.

No hay miedos que valgan. Estos son los momentos en que cada uno camina con sus torturas, ya no se puede poner torturas en el cuerpo ni en el alma de los demás.

Tu tienes que salir al mundo. D. Juan de Mendoza no puede hacerte ya nada. De cualquier manera, está en el Mausoleo de la familia. Todos los de esa casa no querían roces con el pueblo y además eran cobardes. No le dejarán que salga de allí nunca. D. Juan de Mendoza, se hubiera podido salvar. El quiso casar conmigo. No tuvo la culpa que me matará el hermano para no tener una sirvienta como familia. Yo le hubiese dado mi mano para que salvara su alma si no hubiese sido porque al verte crecer tan parecida a mí, Te violó sin escrúpulos una y otra vez. Tu sabes, yo se, que a ti te mató el dolor que silencioso te condujo a las vías del tren.

¿Por qué lloras?

Recuerdo el tren, lo quería olvidar. Recuerdo el camino oscuro que recorrí. Gracias mamá por haber estado allí, por haberme dado tu mano en aquellos momentos en que huí de la vida castradita de dolor.

Tienes que salir al mundo. Comprobar que existe tanto o más dolor que el ocurrido en ti y en mí. Como hizo “La Loca” y ya no grita por las noches. Sin embargo, también hay alegría. Si en algún tiempo D. Juan de Mendoza consigue derribar las murallas de su mausoleo y se enfrenta a ti, le dices todita cuerda: “Ya no existen los deseos, papá, ni el dolor”.

FIN